

El cofre

por Beatriz Espejo

Para mi tía Beatriz que lloraba de cualquier cosa y murió sin lágrimas.

Veracruz es un puerto importante situado en el Golfo de México. Está lleno de zopilotes que se paran en los cables de la luz o sobre las azoteas para atestiguar crímenes y concupiscencias. A medio día el sol enrojece los muros, las piedras hierven y las banquetas desprenden un humito que se mete bajo las faldas de las mujeres. Al anochecer el viento se adelgaza, el zócalo palpita como un corazón alegre y se llena de voces y sus baldosas pulidas retumban con las pisadas. Grupos de señoritas atienden galanteos y olvidan a las palomas malabaristas puestas de acuerdo para despegar el vuelo. Sólo los niños se arremolinan en torno a los vendedores de barquillos. En el café de la Parroquia, una cafetera funciona sin parar toda orgullosa y bruñida aunque no cambia puesto hace cien años. Billeteros de lotería ofrecen suerte a porteños hablantines y morenos que buscan compañeros para partidas de dominó; pero al final del malecón, y más allá rumbo al cementerio, la arena se torna oscura y apeñuscada por el golpeteo de las olas, el mar se junta con el cielo y los ojos de los hombres no contemplan sino un misterio negro.

A esa hora la tía Emilia tomaba su chocolate acompañado por dos canillitas. Le gustaban casi sacadas del horno para que tronaran y se desmoronaran entre los dientes como huesitos de bebé. Su criado Efigenio, que tiempo atrás había sido sacristán en la iglesia de un pueblo dejado de la mano de Dios, le acercaba una mecedora junto a las ventanas abiertas y ella caminaba arrastrando los pies y dándose aire con su abanico de concha nácar. Para entonces sus sobrinos merendaban en medio de un bullicio detestable. Imaginó la escena que ocurría abajo y sintió rabia y desprecio por esa hermana suya tan débil de carácter, tan incapaz de imponer disciplina con una vara. Acarició la cresta del Macareno y le musitó al oído injurias contra Lucero, la más odiada de los engendros que repartían gritos y cucharazos en las entrañas de la casa.

—Niña cagona y lagañossssa —repitió el perico como un silbato con acento de chulo sevillano.

A la tía le causó risa oírlo, una risa socarrona que le movía la papada blanca y el blanco cuello de guipiure sujeto con una filigrana sobre el vestido de crepé negro cerrado, inconcebible en aquel calor.

—Efigenio, ven acá —ordenó Emilia y la intemperancia de su voz concertaba con sus manos apretadas contra los brazos de su asiento—. ¿Viste al estúpido que perdió los dedos por tentón y avaricio-so?

—Ayer lo vi, señora —contestó lacónico pues no era jarocho sino poblano.

—¿Y qué te dijo el grandísimo tonto?

—Me preguntó si ya decidió usted dónde escon-der el cofre. . .

—¿Y qué más, hombre? ¿qué más? —interrogó Emilia al tiempo que se acomodaba una de sus peinetas con las cuales sujetaba su cabello castaño todavía sin muchas canas.

—Dice que le anda por saberlo, ya no duerme de puro susto. Si desea comer algo, el muertito que le cuida el lomo le gana el brinco y le impide probar alimento. Pobre, está bien flaco.

—¿Y cómo te imaginas a los muertos?

—No, yo hablaba de Lallo, el albañil.

—¡Qué pobre ni qué pobre ha de ser semejante mentecato! Buen ratero resultó. Encuéntralo y adviértele que pronto mandaré a buscarlo y que de no cumplir mis encomiendas le irá peor. Acordé con doña Gume para invocar a nuestros protectores. Los espíritus no lo dejarán ni a sol ni a sombra hasta que no finiquitemos el asunto del cofre; pero ten cuidado al administrar la medicina, el tal Lallo se nos puede entiesar de miedo.

Emilia nunca se convencía de si Efigenio lograba entenderla cabalmente, sin embargo vio que se retiraba sosegado y lo detuvo en la puerta.

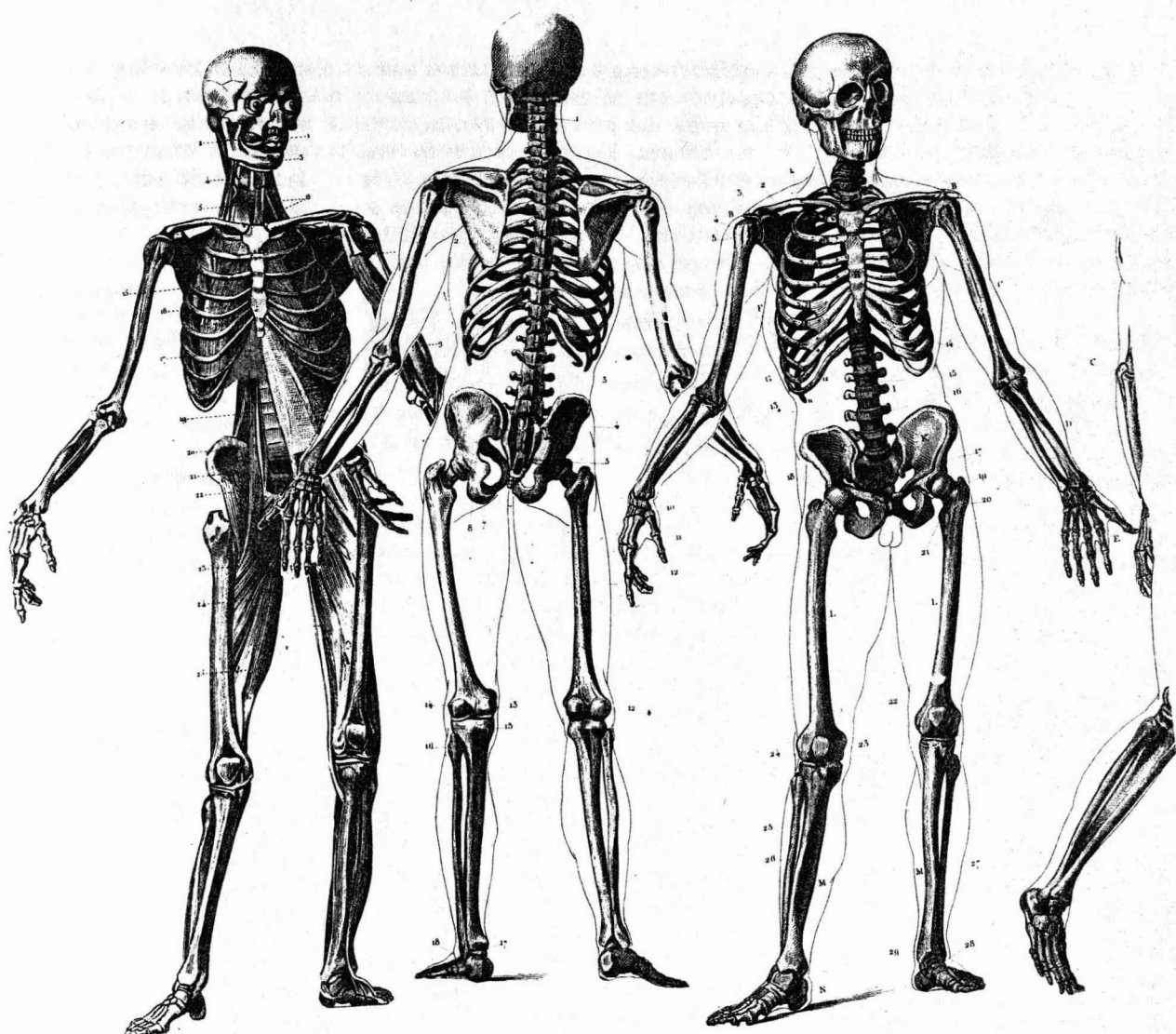
—Desabróchame el vestido, engordé o la tela encogió, me aprieta. Se divertía observando cómo se aproximaba su criado casi con unción para liberar presillas y botones. Las manos morenas y torpes se tardaban en la tarea más de la cuenta avergonzadas de su color opaco junto al color de una carne rosa. Las aletillas de la nariz le temblaban a Efigenio y un ave lasciva surcaba su mirada.

—¿Ah!, y antes de acostarte, no olvides darle al Macareno un poco de pan remojado en leche —añadió Emilia sólo por su inveterada costumbre de mandar y ser obedecida.

Cuando Efigenio salió y el pasillo oscuro se tragó su silueta enjuta, en la que de algún modo destacaban los brazos corriosos salientes de las mangas cortas de su camisa, Emilia se preguntó por qué se mostraba tan servicial y adicto aquel indio mocho, nacido en la sierra colindante con Tlaxcala.

El caserón quedaba lejos y ya cerca de las diez suspendían su ronda los tranvías rumbo al centro. No había brisa ni luna. Efigenio se metió en la noche quieta y caminó con paso menudo. Tuvo presentimientos de que un espíritu chocarrero se le pegaría también a él y un cosquilleo le recorrió la espalda, pero examinó su conciencia y se convenció de que nada le ocurriría mientras contentara a su patrona.

Lallo se arrimó con un amigo suyo que administraba un billar en el barrio de pescadería. En el traspatio abrió un catre y procuró descansar sin conseguirlo. Temblaba azotado por dentro y la ropa se le embarraba con un sudor espeso. Igual que si un horror se le apareciera, aumentó su temblorina con la presencia de Efigenio.



—¿Cómo te va, mano?

—Aquí nomás esperando recado de la maldita vieja ventruda...

Efigenio escuchó con repugnancia un desacato tan desproporcionado y reconvino:

—Andate con cuidado en tus palabras, la señora y doña Gume son como la uña y la carne. Sabiendo esto sabrás a qué atenerte. En esa morada suceden cosas. Los susurros avanzan por los recovecos y se esconden bajo las camas para realizar prodigios. ¿Te fijas que doña Emilia siempre sale a la calle cubierta por una mantilla que dizque le regaló su marido en la Feria de Sevilla, durante el mismo viaje en que le regaló al odioso loro ese del Macareno? Entonces te contaré que el otro día la perdió. No recordaba si la había dejado en el templo, en casa de sus amigas o en el restorán del yucateco que vende panuchos y adora a Luzbel. Se puso en oración y al rezar entra un un estadio que la vuelve liviana y, como a santo Tomás, la eleva una cuarta del piso. Aunque cierra la puerta de su recámara, por el ojo de la llave la he divisado levitada.

En su catre el albañil se movía desconociendo el reposo, sin añadir comentarios que alargaran la conversación y sin interrumpir la verborrea de aquel embajador siniestro.

—Y mira, Lelio, acredita lo ocurrido; al poco rato, por alguna parte entró una mariposa negra y peluda, de ésas que enchinan el cuerpo de feas y se llaman cara de búho. Dio un gran rodeo por los aposentos. Se paró en el marco de un espejo con bisel, revoloteó por el teclado del piano, abrió las alas entre dos ondas de una cortina, arañó la pintura de una Santísima Trinidad, interrumpió su recorrido permaneciendo un instante arriba del perchero y se esfumó. Casi enseguida, doña Emilia tuvo otra vez sobre su tocador la mantilla bien dobladita e intacta. —Efigenio hizo una pausa para atisbar señales de que su interlocutor lo atendía. Otro cambio de postura y una expresión de azoro lo animaron a proseguir.

—Sí, podría contarte historias. Anteayer no lograba dormirme, un frío me mortificaba. Noté un resplandor en el jardín. Aunque con miedo, me

asomé a hurtadillas y cerca de una palmera vi a una pareja de esqueletos que se calentaban los huesos. Uno se subía arriba del otro como reviviendo la historia de sus amores. Era el espectro de una pariente de las señoras que se suicidó cuando no la dejaron casarse con un boticario. Ahora, ambos se solazan a placer. Desde mi escondite entendí sus arrumacos... Te prevengo, cuidado, Lalio, porque en esa finca los misterios acontecen.

El albañil no respondió, lo acogotaba el pavor. Sintió la boca seca y desaparecidas sus fuerzas.

—Dile a tu patrona que se decida pronto. Cumpliré su mandato al pie de la letra. Aquí espero las órdenes —y su mirada se abrió para tragarse lo que abarcara.

La noche sin estrellas exhalaba un bochorno pesado. Efigenio regresó santiguándose por las calles, apretando contra su pecho un escapulario. Juraba que alguien caminaba pegadito a sus zapatos y hasta creyó que se le zafaban igual que si le pisaran los talones. Se apresuró. No esperaba tranquilidad en un predio habitado por las sombras; sin embargo, deseaba echarse en su cama, desnudo, con el ventilador a su mayor potencia, agradecido de las comodidades que disfrutaban los sirvientes de los ricos. Entró por la verja de la huerta que dejaban sólo con una cadena pasada. No obstante la renombrada opulencia familiar nadie intentaba robarles. Mientras evadía limoneros y naranjos rememoró un cuento de la cocinera, sobre tres fuereños ávidos de lo ajeno que diez años antes anduvieron ese camino. Un perrazo con canicas encendidas en la cara les impidió violar la casa. Los ladrones se agarrotaron como si jugaran encantados y perdieron la conciencia en el vestíbulo, contra las lozas blancas y negras parecidas a un tablero. Al principio doña Emilia llamaba a la policía. Doña Luisa la instó a perdonar un crimen sin mayores consecuencias y a devolver la vida a los desmayados, quienes apenas se recobraron salieron de allí con los pelos de punta, una ictericia repentina y sermones por esas extrañas mujeres que les hablaban de aceptar aquella lección para elegir la senda honrada. Efigenio evocó también la última encomienda de su patrona, darle de comer al Macareno:

— ¡Qué se friegue el desgraciado! Yo cumplí ya por hoy —dijo repentinamente rebelde y en voz alta porque nadie atestiguaba su decir, y fue derecho a su cuarto.

Emilia lo sintió llegar, se mecía hora tras hora hasta que despuntaba la mañana, incómoda por su gordura y el calor sofocante. Se preguntó por qué su sirviente detestaba a tal grado al Macareno: evitaba cumplir las encomiendas relacionadas con el pájaro y, al menor descuido, le propinaba manotazos furtivos. En sus insomnios la tía aprendió a distinguir los ruidos nocturnos. Identificaba si las

pisadas o los murmullos leves correspondían a seres de este mundo o del otro. Con la vista aguzada reconocía las apariciones neblinosas, y con el oído atento el traqueteo de cadenas arrastradas por las incapaces del ocio, o el molesto rechinar de dientes al que se entregaban las ánimas en pena anhelantes de compasión.

Semana y media antes un espíritu entró en la materia de doña Gume para comunicar a la familia que bajo la mesa del comedor había un cofre lleno de doblones, debían desenterrarlo en la madrugada, sin luz eléctrica, iluminándose con velas. Luisa recibió la noticia como una tabla salvadora, contrató a Lalio y dispuso lo pertinente. Por órdenes expresas, en las que se manifestaba antipatía hacia la presencia de gente menuda, los muchachos sólo vislumbrarían las maniobras desde el barandal de la escalera, metidos en sus camisones. Así se abrió el agujero a cuya orilla estaban doña Emilia y doña Gume portadoras de las ceras; Luisa permaneció en la retaguardia atendiendo a que sus hijos no se salieran del cauce.

Nadie aventuraba un movimiento mientras se rompían mármoles y se cavaba hasta el infinito. De pronto, sobrevino un paletazo metálico y unos quejidos tremendos. Se prendieron los focos del candil pletórico de brazos y prismas, y surgió Lalio, con una mano destrozada de la que escurrían unos goterones densos, intentando abandonar el gigantesco boquete que él mismo abrió. Espectáculo tan original alarmó a los niños. Luisa los acompañó hasta sus respectivas recámaras y procuró tranquilizarlos; cuando regresó al cabo de unos minutos, supo que Lalio había concebido malos pensamientos. En castigo, el guardián del cofre le mutiló tres dedos y desapareció el tesoro.

Un poco boquiabierta Luisa aceptó lo ocurrido con una capacidad muy suya para tomar las desilusiones como sueños soñados por equivocación. Demostró que su curso de primeros auxilios la convirtió en una enfermera aceptable, puso vendas y ungüentos en la mano herida, y se retiró con esa aparente indolencia que todos le admiraban. Pensó en el rumbo equivocado de sus haciendas, en las colegiaturas elevadas de sus hijos varones, en vender un aderezo, y una lágrima fugaz corrió al filo de su nariz. Por secarse esa lágrima en la más absoluta intimidad, no descubrió el cofre escondido entre los escombros. Doña Emilia mandó guardarlo detrás de una covacha hasta que ella y doña Gume dispusieron lo conveniente. Y lo conveniente era regresarlo a su lugar. Una familia respetable necesita conservar a sus fantasmas. Lalio quedaría a cargo de las maniobras. Con lo pasado, ni en su peor borrachera frente a su mejor amigo abriría el pico. De eso se aseguraría la tía que veneraba a sus muertos pálidos, aunque cada uno le hubiera socavado el corazón con su partida.

